

pobreza se perpetue entre los hombres?

Sigamos, sigamos. Tú, rico, guardas, los años de abundante cosecha, en tus trojes, el grano que recogiste, y esperas los días de escasez para enajenarlo con ventaja. Cuando esos días llegan, lo vendes al precio mayor que la carestía te permite. ¿Qué dice sobre este acto de codicia tu conciencia?

—Mi conciencia no me reprende nunca por el uso de mi derecho.

—¡Ah! Ve aquí! lo que distingue la tuya de la mía: la tuya se amolda a la ley civil, la mía a la ley moral; la tuya a la razón de tu siglo, la mía a la razón propia. Seguro estoy de que discreparían en cuantas cuestiones promoviese.

—Pero ¿a qué viene tan prolijo interrogatorio? ¿qué conexión tiene con la responsabilidad de que tratamos?

—No te enojés. No te impacientes. Tú y yo hemos recibido la misma educación, casi la misma enseñanza. Amigos fueron ya nuestros padres, y amigos continuamos siendo nosotros. Estuvimos juntos largo tiempo. No porque después hayamos vivido el uno a mucha distancia del otro nos hemos callado ni las ideas que concebíamos ni los sentimientos que nos agitaban. Hemos contrarrestado los efectos de la separación por la frecuente correspondencia que hemos sostenido en mis largos viajes por Europa y América. Sin embargo, ya lo ves: están completamente discordes tu conciencia y mi conciencia. Calcula si lo estarán menos en hombres que ningún vínculo enlace, pertenezcan a diferentes categorías sociales y abriguen los celos y los odios que no puede menos de engendrar la extrema desigualdad de condiciones.

Si marchan discordes las conciencias, ¿cómo ha de ser la misma en todos los hombres la responsabilidad

de los actos? ¿Puede serlo siquiera la de los tuyos y los míos?

Somos, cuantos de mujer nacimos, responsables de nuestros actos; pero, fíjate bien, cada uno según la educación que recibió, según la enseñanza que le dieron, según el pueblo en que vive, según la sociedad que frecuenta, según el aire moral que respira, según sea o no susceptible de extrañas sugerencias. ¡Qué de hombres hay que no aciertan a ver nada por sus mismos ojos ni a decidir nada por su propio juicio! Se cimbrean esos hombres a las palabras del que creen superior como se cimbreaba la caña al viento. En tu casa y en la mía hay almas que podríamos fácilmente conducir al crimen.

—No discurre aquí con la solidez que acostumbras. Te pierdes en cuestiones secundarias. Nadie duda sobre los preceptos del Decálogo; conciencia alguna deja de condenar al que los infringe.

—«No matarás» dice el Decálogo, y tú entiendes que puedes matar a tu ofensor en duelo, y a tu mujer adúltera y su cómplice hasta con alevosía, y, en igual o desigual combate, a los enemigos de tu patria. «No hurtarás», dice el Decálogo, y tú no vacilas en recoger el fruto del trabajo ajeno, y cuando ves con hambre a tus vecinos les encareces sin remordimiento el grano de tus trojes. «Ama al prójimo como a tí mismo», dice el Decálogo, y tú, para vivir, condenas a tu prójimo a un trabajo que para tí no quieres.

—Me estás faltando.

—No, no te falto. Tu conducta no es más que la confirmación de mi teoría. Obras dentro de la moral de tu nación y de tu siglo: obras según la educación que recibiste, según la enseñanza que te dieron, según la sociedad que frecuentas, según el ambiente en que vives. Nadie tiene derecho a censurarte como no sea el que, rom-

---

A los maestros: Acabamos de recibir la importante obra  
**Cuadros de la Naturaleza**, de J. ANTONIO URIBE.